

La Lotería de la Vida

Cuando era pequeña recuerdo que todos los años, en épocas de navidad mi abuelita me decía: “¿Puedes traerme algunos juguetes que ya no uses, por favor?”. Y yo siempre obedecía. Nunca cuestioné las instrucciones ni los motivos de mi abuelita. Mientras fui creciendo me fue explicando a lo largo de los años porque hacía esto. Ella me comentaba la situación en la que estaban algunos niños. Y mi forma de imaginármelo todo es como recordar una guerra histórica sucedida cientos de años atrás. Reconocía y me entristecía, claro; sin embargo, veía la situación lejana, como si existiera en un tipo de universo paralelo totalmente inconsecuente a mi realidad. En mi mente yo y ellos vivíamos en un mundo totalmente diferente.

Toda mi percepción cambió hace unos meses. A principios del año pasado me uní a un grupo de servicio a la comunidad. En este grupo trabajamos durante un ciclo escolar en un proyecto social, que nosotros mismos implementamos al final del curso. Ahora que reflexiono en ello, me doy cuenta que durante el tiempo en el que trabajaba en el proyecto siempre lo pensé como una situación hipotética. Tal y como uno aprende fórmulas matemáticas para un examen y no para aplicarlas en la vida real.

Finalmente, llegó el día donde todos fuimos a esta comunidad. Todavía no empezamos con el horario y ya me había llevado la primera sorpresa del día. La comunidad quedaba a quince minutos de mi casa. Pensé que nos iba a tomar horas llegar ahí, cuando realmente pude haberme ido caminando desde mi casa. Y cuando me acerqué aún más, me di cuenta de porque siempre habían pasado desapercibidos. No vivían en casas, no propias al menos. Sus viviendas estaban hechas de madera y lámina, la calle no estaba pavimentada, no había tuberías, gas o electricidad alguna. Parecía que había entrado a otro mundo. Pensé que terminaría el proyecto sintiéndome satisfecha conmigo misma, cuando en realidad sentí de todo, menos eso.

¿Cómo era posible, que nunca me hubiera dado cuenta de cómo se vivía a tan cercanía de mi casa? y, ¿Si he sido totalmente ignorante ha esto toda mi vida, qué más he ignorado? Me sentía horrible conmigo misma por todas las veces que me quejé por cosas tan triviales. Y ¿qué había hecho yo, que me hacía merecer tener todo lo que tengo cuando hay tanta gente que no tiene nada? Y la respuesta es: nada, yo no he hecho nada. Todo lo que he tenido es suerte, suerte por haber nacido tan privilegiada. Es como si todo el mundo fue parte de una gran lotería al nacer, y el simple hecho que desde pequeña no he tenido que preocuparme por

tener un techo sobre mi cabeza y comida en mi plato es como si hubiera tenido una suerte increíble.

Lo que me enoja de toda esta situación, es que lamentablemente no tengo un final feliz para contar. Porque aún hay gente que al ver a la gente con necesidades reclama que es su propia culpa, que ellos se lo buscaron. Parecen ignorar el hecho de que hay miles de millones de personas que nacieron en pobreza extrema, que no tuvieron una opción desde un inicio y que si tú hoy has comido siquiera una comida eres unas de las personas con más suerte en el mundo. Y en vez de estar quejándose deberían recordar que no porque hayas tenido la suerte suficiente para tener esta realidad de la que gozas significa que todos son parte de ella.

Escrito por: Sandra Alanís